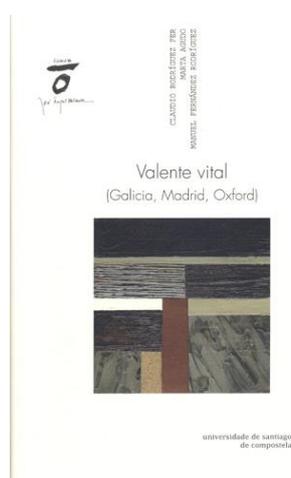


UN TRAZO AL MARGEN

Claudio RODRÍGUEZ FER, Marta AGUDO, Manuel FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, *Valente vital (Galicia, Madrid, Oxford)*. Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 2012, 495 pp.



La publicación de *Valente vital (Galicia, Madrid, Oxford)*, doce años después de la muerte de José Ángel Valente (Orense, 1929-Ginebra, 2000), constituye una entrada bibliográfica fundamental para completar el conocimiento del imaginario creativo de un escritor que casi desde el primer momento trató de tender puentes con otros lenguajes artísticos. Así, a la labor editorial que tras su muerte llevó a cabo fundamentalmente Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg –que puso al alcance del interesado sus traducciones poéticas, los ensayos posteriores a *Variaciones sobre el pájaro y la red*, los textos poéticos y en prosa y el conjunto de anotaciones realizadas entre 1959 y 2000 y publicadas con el título de *Diario anónimo* (2011)– viene a sumarse ahora la publicación de este

volumen que, al cuidado de C. Rodríguez Fer, ve la luz al abrigo de la Cátedra José Ángel Valente de Poesía y Estética de la Universidade de Santiago de Compostela. El libro reúne trabajos del propio Rodríguez Fer, M. Agudo y M. Fernández Rodríguez. En los tres casos se trata de textos profusamente documentados, sustentados sobre informaciones de primera mano y fuentes directas, escritos por especialistas que han demostrado conocer en profundidad no solo el archivo del poeta, su taller de escritura, sino también las coordenadas sociales, políticas y culturales del tiempo y el espacio en los que desarrolló su trayectoria literaria. En las páginas preliminares se anuncia que este volumen –centrado sucesivamente en Galicia, Madrid y Oxford– se completará con otro que repasará la evolución del poeta en la segunda y última etapa de su vida, que girará alrededor de tres *loci* igualmente significativos en el universo valentino: Ginebra, París y Almería. Es de justicia reconocer la exhaustiva labor de investigación y documentación que han llevado a cabo los autores de estos ensayos, quienes han trabajado directamente con los materiales de Valente. A simple vista, quizás algunos lectores no alcancen a verlo pero tras este volumen hay muchísimas horas de consulta en epistolarios, bibliotecas, hemerotecas y todo tipo de archivos y fondos de documentación privados y públicos. Como consecuencia de ello, lo que aquí se ofrece es un venero de fuentes y posibilidades de lectura

por las que acceder al universo estético de uno de los poetas más singulares de la segunda mitad del siglo XX.

Abre el volumen Rodríguez Fer con el trabajo titulado «Valente en Galicia: Quedar para siempre» (pp. 13-168). En estas páginas, el director de la Cátedra José Ángel Valente se ocupa de la etapa que transcurre desde el nacimiento del poeta hasta 1947, año en que se traslada a Madrid para continuar con sus estudios universitarios de Derecho, que había iniciado el curso anterior en la Universidad de Santiago de Compostela, aunque es muy probable que para esa fecha impulsaran ya a Valente intereses muy distintos. Son motivos vehiculares en estos años de formación algunas figuras familiares que dejaron una profunda huella en la conciencia del niño o del adolescente que fue Valente, una huella que encontraría su reflejo en la escritura del posterior poeta (me refiero, sobre todo, a su abuelo materno, Benjamín Docasar, y a Lucila, una prima de su padre que significó para Valente durante años un auténtico referente materno); y más allá del entorno familiar, habría que mencionar la figura del cura y agitador agrarista Basilio Álvarez, suspendido *a divinis*, diputado en la Segunda República, «una [en palabras del propio Valente] de las grandes personalidades de la modernidad gallega», cuya biblioteca, tras el forzado exilio del clérigo, fue trasladada a la casa de los Valente, y ese acontecimiento, reconocerá más tarde el poeta, será el hecho «que más tempranamente determinó la opción central de mi vida». Se ofrecen en estas páginas algunos escauceos poéticos que ensayara Valente, en los que ya se aprecian ecos de San Juan de la Cruz, un referente constante en su trayectoria y, sobre todo, se arroja luz sobre los años iniciales de formación de su particular sensibilidad literaria, su círculo de amistades y sus lecturas del momento (cantigas medievales gallego-portuguesas, Rosalía de Castro, Valle-Inclán, Vicente Risco, Luis Pimentel, etc.); al mismo tiempo, se rastrea la configuración de dos campos semánticos –la muerte y la espiritualidad– que acabarán ocupando lugares centrales en la poética valentiana, una muerte que Rodríguez Fer vincula con la etnología galaica y una espiritualidad que teñirá de un cierto tono meditativo buena parte de su escritura, que cultivará a lo largo de toda su trayectoria con lecturas de hondo calado espiritual y metafísico provenientes de muy diversas tradiciones y que ha de verse como la antihuela de ese cristianismo militante, en gran medida dogmático y fundamentalista, en el que se había educado. Y cubriéndolo todo, se aprecia aquí ya el germen de algunos rasgos identitarios que acabarán convirtiéndose en marcas de la casa: el cultivo de la disidencia y el interés por actitudes heterodoxas.

Marta Agudo firma el segundo de los trabajos reunidos en este volumen, «Valente en Madrid: Crónica de un aprendizaje» (pp. 169-309), centrado en el período que va de 1947 a 1955. Son los años de sus estudios universitarios, primero de Derecho, luego de Filología Románica, el inicio de unas relaciones que, en algunos casos, mantendrá a lo largo del tiempo (V. Aleixandre, D. Alonso –con quien tendrá algún que otro desencuentro–, R. Lapesa –por quien sintió siempre una gran admiración–, C. Bousoño, J. Goytisolo, etc.). En lo personal, son los años en que conoce a la que será su primera esposa, Emilia Palomo, una mujer marcada por una fuerte personalidad y dotada de un considerable bagaje cultural, y en los que nace su primera hija, Lucila; en lo social, es el tiempo de sus

primeras colaboraciones literarias en diversas publicaciones (como poeta, articulista o traductor ya en cierto modo profesional), el momento, 1954, en que logra el premio Adonais con su primer libro, *A modo de esperanza*, acontecimiento que impulsará de una manera definitiva su entonces emergente trayectoria literaria, los años en que asistimos a ese pequeño espectáculo de fuegos artificiales que posteriormente las *historias literarias* presentarán como una supuesta polémica que enfrentará a los partidarios de la poesía como comunicación y como conocimiento.

Si la poesía debería ser una actividad marcada por la comunicación o el conocimiento es una cuestión que orientó algunos de los debates de aquellos años, en los que Valente intervino en diferentes ocasiones; aunque en un primer momento el autor de *Las palabras de la tribu* parece alinearse con las posiciones defendidas por Aleixandre y Bousoño, resulta claro que ya en este momento –aun sin haber hecho acto de presencia en su imaginario figuras como Paul Celan o Edmond Jabès, tan decisivas en una etapa posterior de su escritura– el poeta gallego defiende una actitud frente a la escritura que conlleva unas implicaciones, además de estéticas, intelectuales, morales, políticas: antes callar que hablar con las palabras adocenadas, instrumentalizadas y serviles de una tribu que se expresa al dictado de una poesía sometida por el rodillo de la *ideología oficial*, convertida en una mera *comunicación* de temas que la alejan de la realidad y en la que el proceso creador pierde su capacidad de *conocimiento* (Valente, 1971), entendida, según expresión tomada de aquel poema de *El inocente*, como «compraventa de ruidos usados». Localizar, pues, esa escritura con la que el poeta, en soledad, alejado de sus semejantes, consiga indagar en lo oculto de un agujero con la pretensión de «encontrar un vacío secreto» (Valente, 1992: 11); en ese instante, la poesía no es comunicación sino donación, iluminación, revelación, conocimiento de una realidad que no se deja atrapar de otra manera, con otro lenguaje; la palabra poética entonces *no dice*, la palabra poética emerge, se materializa, se manifiesta, es. En palabras del propio Valente (2011: 185): «Escribir no es hacer, sino aposentarse, estar», apostar por una mirada que detenga el curso de los acontecimientos y sea capaz de reflejar la raíz esencial de las cosas. Aunque posterior al tiempo al que aquí se está haciendo referencia, en una entrada de su diario del 9 de marzo de 1983 leemos (Valente, 2011: 225): «La poesía no solo no es comunicación: es, antes que nada o antes, mucho antes de que pueda llegar –si llega– a ser comunicada, incomunicación, cosa para andar en lo oculto, para echar púas de erizo y quedarse en un agujero sin que nadie nos vea, para encontrar un vacío secreto». Valente no cejó en su empeño de llegar hasta el fondo de ese agujero, no tanto para convertirlo en problema del poema o tema del enunciado sino para hablar desde ahí, construir un lugar que fuese a la vez umbral y sepultura de toda enunciación, alumbramiento y disolución del don de la palabra.

Fernández Rodríguez es el autor de la tercera contribución de este volumen, «Valente en Oxford: Del rumor a la voz» (pp. 311-495). Aunque Valente solo permaneció como *lecturer* en la Universidad de Oxford durante tres cursos, desde 1955 hasta 1958 (año en que se traslada a Ginebra con la intención de convertirse en funcionario de la ONU), lo cierto es que este ensayo abarca hasta bien entrada la década de los setenta, dadas las continuas visitas que –sobre todo con motivo de giras

poéticas y estancias de investigación— Valente realizó a esa y a otras ciudades inglesas. Oxford supuso un cúmulo de circunstancias que acabarían orientando su particular deriva ideológica e intelectual; en palabras del propio poeta, esa experiencia representó «un cambio enorme. Empecé a ver la literatura española desde Europa», y esa transformación pasaba por prestar atención a autores, obras y temas que el sistema académico español tradicionalmente había ignorado (con lo que ese hecho supone de relectura del canon). En primer lugar, Oxford le abrió el conocimiento de un medio universitario, aunque también muy jerarquizado, más flexible y abierto que el español, configurado este en buena medida en torno a capillitas y cátedras *ad personam*; por añadidura, pudo familiarizarse con un modelo historiográfico bastante diferente del que había conocido en la universidad española, tuvo acceso a unas corrientes de pensamiento literario (*New Criticism*, *Cultural Studies*, etc.) y a una bibliografía crítica y científica de muy difícil acceso en la España de aquel momento al mismo tiempo que pudo tejer relaciones más o menos intensas con algunos hispanistas ingleses (Peter Russell, Edward M. Wilson, Nigel Glendinning, etc.) y con algunas figuras claves del exilio (A. Jiménez Fraud, quien —con el ya citado B. Álvarez, M. Romero de Lema y M. Zambrano— se convertiría en una persona decisiva en su evolución intelectual, A. Castro, de quien probablemente tomaría la necesidad de incorporar la tradición islámica para una mejor comprensión de la realidad histórica de nuestro país, etc.); asimismo, esa estancia le permitió desarrollar con rigor y solvencia sus trabajos de traducción (recordemos que *Cuaderno de versiones* ofrece, entre otras, traducciones de John Donne, John Keats, Gerard Manley Hopkins, Dylan Thomas y Robert Duncan).

Todo ello, unido a un sólido conocimiento de la tradición literaria en lengua inglesa (la poesía meditativa barroca, el romanticismo, T. S. Eliot, W. H. Auden, Stephen Spender, etc.), convirtió a Valente en una especie de *outsider*; y si a eso sumamos su creciente interés por culturas, corrientes filosóficas y espirituales más o menos alejadas del imaginario occidental nos encontraremos con una voz cada vez más marcada por su radicalidad extrema. Frente a una ruta que acabó siendo la más transitada en la modernidad literaria española caracterizada por lo soez, el arrinconamiento de la imaginación y el desprecio de cualquier atisbo de crítica y reflexión, Valente pudo en estos años escuchar los latidos de una modernidad que entendió la poesía al calor del pensamiento y la reflexión sobre el lenguaje.

Este *Valente vital (Galicia, Madrid, Oxford)* se presenta ya como un texto de referencia para todo aquel que quiera adentrarse en los intersticios de un escritor que entendió siempre el lenguaje como un motivo de tensión y de conflicto, que hizo de la poesía un escenario entrecruzado de diferentes tradiciones artísticas y culturales. El volumen desvela los mecanismos de una escritura que —desde sus mismos inicios— se muestra extremadamente consciente de la inestabilidad del principio sobre el que se asienta: la poesía es conocimiento, aunque nunca conocimiento adquirido de antemano sino conocimiento puesto en juego a cada instante con el riesgo de perderlo o no alcanzarlo. A la luz de esta premisa, la poesía es el lugar de la posibilidad y la lectura poética no ha de entenderse sino como

una actividad abierta, crítica e indagadora, una actividad en la que *todo* es posible precisamente porque *nada* tiene el valor de la seguridad, *nada* está garantizado.

Alfredo SALDAÑA
Universidad de Zaragoza
asaldana@unizar.es

Referencias bibliográficas

- VALENTE, J. Á. (1971): *Las palabras de la tribu*. Madrid, Siglo XXI.
——— (1992): *Material memoria (1979-1989)*. Madrid, Alianza Editorial.
——— (2011): *Diario anónimo (1959-2000)*, ed. de A. Sánchez Robayna. Barcelona, Círculo de Lectores-Galaxia Gutenberg.

TROPELIÁS